EL PINTOR PRODIGIOSO



Mª GRACIA MORALES



20/7/2014

Rodolfo se paseaba orgulloso por los corredores de la galería de exposiciones, acababan de colocar el último cuadro y despidió a todo el mundo para quedarse a solas con su obra: era magnífica, lo sabía y paladeaba el éxito futuro de aquella colección, un éxito que le había sido esquivo hasta entonces, pero conocía el potencial de sus pinturas, era evidente, no sólo para él, que aquellos cuadros iban a venderse como churros y por unos precios muy convenientes, aunque no era el dinero lo que le interesaba, sino la publicidad y haber conseguido aquello… más de uno tendría que callarse la boca a la hora de criticar esa muestra de su arte.

Al fin se marchó a su casa a paso lento, empapándose de la tibia noche iluminada por la luna. Ya era hora de triunfar, al día siguiente se inauguraría su exposición y tenía que estar preparado para recibir los aplausos, de modo que dormiría doce horas, se daría un buen homenaje en su restaurante favorito, sería un lujo que se permitiría por anticipado, y después se acicalaría para la ocasión, se vestiría sus mejores galas y luciría su más cautivadora sonrisa, aparentando sentirse confuso ante tanta admiración…

Allí estaba, en medio de toda esa gente, había vendido todos los cuadros el primer día y le llovían encargos nada desdeñables, pero él decía a todo el mundo que era un pintor lento y que tardaría bastante en cumplir con ellos. Puro teatro, debía manifestar modestia, y no parecer que se daba importancia. Los que le pedían cuadros decían que esperarían lo que hiciera falta… si se convertía en el pintor de moda, había que tener algo suyo.

Tal y como había previsto, su carrera artística tuvo un ascenso meteórico a partir de aquel día. Los críticos, que ni se habían tomado la molestia de asistir a aquella primera exposición de éxito, volvieron sus ojos estupefactos ante aquella prodigiosa metamorfosis sufrida por un pintor reconocidamente mediocre. Parecía no haber techo para su ascenso.

Se instaló en Nueva York, y en los medios artísticos, se vivía un auténtico frenesí cuando se anunciaba que volvía a exponer.

Rodolfo se había marcado un ritmo que no era el necesario para él, de hecho pintaba bastante rápido, pero sabía que, si espaciaba menos las muestras sospecharían y perdería credibilidad, de modo que pintaba una colección y después se dedicaba a otras actividades como viajar de incógnito para hacer fotografías que luego utilizaba en su estudio.

Llevaba varios años sin exponer en su país, lo había rechazado alegando falta de tiempo, pero al final tuvo que aceptar si no quería ver perjudicada su imagen, cosa que no se hubiera perdonado jamás.

La sala de exposiciones era la misma que le catapultó a la fama, así lo pidió expresamente, no por sentimentalismo, sino porque últimamente se lo había solicitado la dueña con insistencia y también para darle un toque entrañable a su figura pública, sabía que la gente valoraba esas tonterías. Su representante concretó la fecha siguiendo las indicaciones del artista y se preparó todo para el viaje.

Llegó el día de la inauguración y el local se quedó pequeño. Era difícil llegar a ver bien algún cuadro, pero el catálogo estaba muy bien editado y se podía adivinar la calidad de la obra.

Aquella jornada fue muy larga y agotadora, pero Rodolfo supo mantener el tipo y fue encantador con todo el mundo, concertó varias entrevistas para diversas publicaciones y habló amigablemente con cualquiera que se acercara a saludarle.

Estaban ya a punto de cerrar el local, estaba hablando con un potencial cliente que deseaba llenar las paredes de su nueva oficina con cuadros del pintor cuando advirtió alboroto en la puerta, un pordiosero borracho forcejeaba con los de seguridad para entrar. Se disculpó ante el hombre y quiso acercarse al lugar de los hechos… pero no pudo, se quedó petrificado cuando vio a aquel individuo que le miraba con sus ojos vidriosos. Rodolfo, visiblemente alterado, ordenó que lo echaran inmediatamente y así lo hicieron, porque el pobre borracho ya no se resistió más, como si ya hubiera alcanzado su objetivo.

El artista, que hasta ese momento se había conducido con absoluta normalidad, se mostró extrañamente confuso y perturbado, no fue capaz de cerrar el trato que había dejado a medias y se marchó de manera precipitada ante los ojos atónitos de los allí presentes sin dar ninguna explicación.

Caminó dando grandes zancadas hasta su hotel, entró con expresión hosca sin saludar ni contestar a los saludos y se encerró en su habitación sin olvidar poner el cartelito de “No molestar” en el picaporte.

¿Quién era ese personaje que le había trastornado así…?

Se sentó al borde de la cama y sujetó su frente con la palma de sus manos hincando los codos en los muslos: era el cuadro perfecto de la desesperación.

En su cabeza un único pensamiento: ¡Estaba muerto, él lo sabía! Y lo sabía porque lo había matado con sus propias manos aquella tarde de julio de hacía cinco años. Recordaba el cuerpo inerte, cubriendo el suelo del estudio con la sangre que le manaba incontenible de la brecha abierta en la cabeza, producida por una de sus propias esculturas. Él, Rodolfo le había matado para robarle un objeto ardientemente deseado que impulsaría definitivamente su mediocre carrera de pintor. Y resulta que estaba vivo… ¡vivo! Fue un error hacer que lo echaran, ahora no sabía dónde podría encontrar a David, un condiscípulo de la carrera.

David era un pintor muy normalito, al menos durante los estudios no descollaba por nada especial, pero cuando terminaron Bellas Artes empezó a cosechar éxitos sin parar, se convirtió en un referente a los pocos años de terminar la carrera y el éxito crecía a marchas forzadas. Aquello olía a fraude, de modo que Rodolfo, que había estado a punto de dejar los estudios por puro desánimo, se propuso averiguar qué enigma se escondía detrás de aquel triunfo.

Investigó febril todos los movimientos de su compañero y aparentó querer reanudar su antigua amistad, una amistad que no era antigua porque no había existido. David no le rechazó y salieron juntos muchas noches y muchos días, le llevó con habilidad a la vida disoluta para pillarle con las defensas bajas, pero nunca consiguió que le dejara ir a verle pintar en su estudio por muy ebrio que estuviera. Era un santuario que no se podía profanar. Las sospechas de Rodolfo no hacían más que crecer y su curiosidad, como es lógico, tampoco mermaba, ya no había en su horizonte otro objetivo que averiguar el secreto

que tan celosamente guardaba su amigo, porque él sólo quería ser pintor, pero las musas le habían dejado huérfano de talentos e ideas…

Llegó el momento de cambiar la estrategia, ya que todos los intentos de engañarle para ir al estudio, por muy borracho que estuviera, fueron infructuosos; jamás cedió en ese punto.

Decidió hacerse con una llave maestra para penetrar en el santuario de David. Probó a hacerlo un día que sabía que estaría fuera. Entró con sigilo, por si el truco del éxito era un pintor esclavo, pero no era así. La puerta daba a unas escaleras de bajada, eran dos pisos que se habían convertido en uno para dar más luz al espacio. Estuvo observando todo, las pinturas, los cuadros en plena ejecución distribuidos en semicírculo sobre caballetes, otros en el suelo, apoyados en las paredes… no había manera de descubrir ningún secreto mirando aquello. Era el estudio de un pintor como otro cualquiera, sólo que los cuadros que pintaba tenían magia y no sabía de dónde procedía.

En su investigación, descubrió un posible escondite para esperar a David dentro y espiarle cuando llegara. Había un cuartucho que no había sido abierto en mucho tiempo y Rodolfo supuso que tardaría mucho en volver a abrirlo, si es que lo hacía algún día. Si conseguía dejar un resquicio de la puerta abierto podía ver casi todo el estudio sin ser advertido, pues el habitáculo quedaba debajo de las escaleras y la sombra de estas lo convertía en el escondite perfecto.

Miró el reloj, en dos horas calculaba que David entraría allí, así que decidió quitar un poco el polvo de los objetos acumulados en el que sería su escondite

y lo acondicionó para hacerlo un poco más confortable. La suerte era que había un par de sillas y pudo sentarse en una de ellas sin problemas.

Un ruido le despertó de repente y, al abrir los ojos le costó situarse. Se había quedado dormido en el cuchitril de los trastos de David y éste ya estaba en plena faena con los cuadros. Se puso a observar con atención. Le podía ver pintando con frenesí, con su paleta en la mano izquierda y su pincel en la derecha, iba de un cuadro a otro dando pinceladas aquí y allá, pero lo que le llamó la atención era el modo, parecía que no fuera su mano la que guiaba al pincel, sino al revés…

Rodolfo se había sumido en aquellos recuerdos que creía enterrados para siempre. Seguía sentado en la cama del hotel en la misma posición que adoptara al entrar, pero el rostro se le había contraído en un llanto exasperado. Todo su mundo se derrumbaba de repente y no veía cómo arreglarlo. Entonces llamaron a la puerta.

-¿Es que no sabe leer? –Preguntó con aspereza. La respuesta no se dejó esperar:

-No soy el servicio de habitaciones…

Se quedó de piedra al oír aquella voz. Como si fuera un fantasma, el terror se apoderó de él y temblaba…

-¿Me vas a dejar pasar? –Preguntó el individuo que pretendía entrar.

No podía moverse, estaba lívido y casi no le latía el corazón.

-Rudy, así te llaman por Nueva York, ¿no? ¿Puedo llamarte así… Rudy?- Hablaba con socarronería. – Dejamos una conversación a medias hace unos años, ¿te acuerdas?

¡Vaya si se acordaba! La salida del cuartucho, la sorpresa del amigo, la discusión, la subida por las escaleras fuertemente agarrado de la solapa para echarle, la violenta reacción de él y la caída de David… fue accidental, pero aprovechó la coyuntura y se llevó el pincel. La noticia de su muerte llenó de congoja el mundo del arte…

-Rudy, amigo, ábreme o tendré que pedir ayuda a la policía…

Aquello fue como si hubieran accionado un resorte y se levantó para abrir la puerta, dejando entrar a David. Ya no iba como un pordiosero, no hubiera podido entrar en el hotel y había desaparecido todo rastro de embriaguez, si es que la tuvo…

-¡Vaya! –Dijo admirando la suite- Te trata muy bien la vida. ¿Puedo sentarme?

Rodolfo aún no tenía fuerzas para hablar y se limitó a señalar un sillón y asentir con un gesto.

-¡Te has quedado mudo! ¿verdad? No todos los días se reciben visitas del otro mundo…

Rodolfo se dejó caer derrotado en el asiento que quedaba frente a David.

-Bueno, yo ya sé cómo te ha ido la vida y supongo que estás deseando saber de la mía… en el más allá…-David sonreía con un punto de crueldad.

-Sé que no eres un fantasma. –dijo Rudy con enorme esfuerzo.

-¡Ah, no! Yo no soy un fantasma, en eso te doy la razón, pero tú los tienes en tu cabeza y yo los he traído, ¿no es cierto?

Rodolfo clavó en él unos ojos desencajados por el dolor, la ira y la desesperación.

-Pusiste los cimientos de tu vida sobre un cadáver. –Hizo una pausa para dejar que las emociones hicieran su trabajo en el ánimo de Rodolfo. –No previste un posible terremoto, el cadáver no es tal y tu vida se tambalea.

La cabeza de Rudy daba vueltas y más vueltas y entonces saltó como un tigre agarrando el cuello de David. Lucharon rodando por el suelo hasta que el amigo pudo librarse de las tenazas que oprimían su garganta. Jadeando aún fue capaz de hablar:

-Si me matas, tu éxito se irá al garete.

-¿De verdad?-Preguntó con una rabia irrefrenable.-¿Crees que me podrían acusar de asesinato? ¿Piensas que no sería capaz de poner pistas falsas? Hay muchos modos de confundir una investigación.

-Aunque nunca supieran que tú cometiste el crimen, tu arte desaparecería, el maravilloso pincel que me robaste dejaría de pintar por ti y tus cuadros volverían a su mediocridad.

-Me estás contando un cuento…

-Haz la prueba…

David miraba sereno pero desafiante a Rodolfo. Éste parecía sopesar las palabras de su oponente.

-¿Por qué debería creerte?

-Por la misma razón que creíste la historia del pincel, te dije que no había terminado nuestra conversación.

-Yo vi con mis propios ojos cómo guiaba tu mano para dar las pinceladas precisas, para hacer las mezclas de color, para crear la armonía…

-Pero no sabías por qué funcionaba así…

-No.

David se volvió a sentar mientras Rodolfo iba al minibar.

-¿Quieres una copa? –Preguntó con desgana.

-No, gracias, lo dejé después del accidente…

Cogió varias botellitas y un vaso y se sentó frente a David. Durante unos minutos se mantuvieron en silencio y, mientras vaciaba el vaso y las botellas, vinieron de nuevo los fantasmas, recordaba aquella discusión, él salió de su escondite fascinado por lo que veía y su amigo, sorprendido por aquella inoportuna aparición se encaró con él indignado, pero el asombro de Rodolfo era genuino y David, tras aplacarse un poco, le contó la fascinante historia de aquel magnífico pincel, que había sido heredado por él desde muchos siglos atrás, cuando un antepasado suyo, poderoso mago, fue desposeído de su poder. Antes de que eso sucediera, cogió su bastón de hechicero y lo partió en tres pedazos, uno para cada hijo. Aquellos trozos de su báculo guardaban algo del poder mágico de su dueño y de uno hizo un cincel con el que se fabricarían esculturas fabulosas, de otro sacó una pluma para escribir música y del último

pedazo sacó un pincel con el que se pintarían obras maestras, esa era la herencia de David. En aquel punto de la historia vio claramente que aquella pieza tan fantástica tenía que ser suya, su amigo se dio cuenta de cómo miraba su tesoro y fue cuando le agarró de la chaqueta y tiró de él hasta la puerta…

-¿Te llegué a contar qué sucedió con el cincel y la pluma?

--No. –Contestó Rudy.

-Es verdad, fui un maleducado, te quise echar de mi estudio…

A Rodolfo le interesaba tanto la historia de esos objetos como la investigación sobre el cultivo de los pimientos amarillos, pero no tenía ninguna gana de hablar y le daba lo mismo qué le contaran en ese momento.

-Lo que sí sabes es que eran objetos mágicos y que con ellos se hicieron esculturas y música bellísimas gracias a su poder.

Rodolfo asintió con la cabeza y apuró el vaso.

-Pero había una pequeña condición para que esos objetos funcionasen…

Rudy levantó una ceja mientras vaciaba otra botellita en el vaso.

-El cincel estuvo activo hasta el siglo XII.

Su oyente pareció interesarse levemente.

-La pluma hasta el XVIII.

David ganaba poco a poco la partida, milímetro a milímetro. Rodolfo estaba intrigado.

-Te preguntarás por qué el pincel sigue activo.

No hubo respuesta, tampoco la esperaba, pero había conseguido captar toda la atención de su mudo interlocutor.

-El brujo que hizo esos objetos les dio el poder mágico mientras viviera uno de sus descendientes. Desgraciadamente los herederos del cincel perecieron en la epidemia de la peste y los de la pluma, guillotinados durante la revolución francesa… Los del pincel han llegado hasta hoy, yo soy el único descendiente de esa rama, si me hubieras matado aquel día, no te hubiera servido de nada tener el pincel en tu poder.

David observaba a su antiguo amigo esperando su reacción.

-¿Has venido sólo para contarme ese cuento de hadas?

-No, he venido para que me devuelvas lo que me robaste.

Rodolfo soltó una carcajada.

-Dime, ¿Cómo conseguiste sobrevivir? –Se había levantado y tenía su cara prácticamente pegada a la de su oponente. –Estoy seguro de que estabas muerto, ¿acaso ese ancestro tuyo vino del otro mundo para resucitarte con su magia?

El alcohol estaba haciendo su efecto y Rodolfo se había envalentonado, David empezó a temer lo peor…

Al día siguiente la sala de exposiciones estaba repleta, pero el artista no aparecía. Diana, la dueña, no conseguía localizarle. Estaba muy preocupada y sabía que aquello no era nada bueno en su estado… Atendió con su proverbial

amabilidad a los visitantes pero Rodolfo no apareció en todo el día. Cuando cerró la galería, se dirigió al hotel de su cliente. No hubo respuesta, solicitó que le abrieran la suite, estaba vacía. Nadie había estado allí desde que pasara la camarera de piso. Había que avisar a la policía…

A las 3 de la tarde estaba frente a un cuerpo en el depósito… lo habían encontrado tirado en una zanja. Le habían disparado y se desangró allí tirado…

Diana intentaba llorar, pero no podía, su marido estaba allí, pálido, con la palidez de la muerte… ya le había encontrado así otra vez, pero en aquella ocasión, había llegado a tiempo. Lo encontró en su estudio de pintor sangrando profusamente y lo llamó a una ambulancia: se salvó, aunque hicieron creer a todo el mundo que David, el gran pintor, había muerto, porque en el fondo, era verdad, sin su pincel, no era nadie…

Le entregaron un paquete con las pertenencias del difunto y ella las agarró con sus manos crispadas, ni siquiera tuvo valor para mirarlas. Fue a casa, allí pudo llorar y preguntarse por qué había aceptado aquel plan de David para recuperar un maldito pincel. Pero lo sabía, sabía que desde que lo perdió nada era suficiente para ser feliz del todo, le faltaba una parte de sí mismo, por eso lo hizo, y porque él creía que sería injusto privar de su herencia al hijo que esperaban…

Diana se recompuso un poco pensando en eso, en el niño que llevaba en su vientre y se llenó de valor por él.

Y luego vino la noticia, había encendido el televisor para distraerse y allí estaba su foto: Rodolfo había muerto también atropellado por un coche. Llevaba un arma en la mano y se encontró alcohol en la sangre, en su estado de

embriaguez no consiguió evitar el choque y el conductor no pudo verlo a tiempo.

Aquello no le consolaba en absoluto, de modo que apagó el aparato y se sentó en el sofá acariciando a su bebé y diciéndole cosas como para que no notara su turbación. Consiguió un vínculo de paz entre los dos y de repente su vista se paró en el paquete que le dieron de su marido. Lo abrió cuidadosamente, un papel doblado, las ropas que llevaba… desplegó el escrito. Era de David:

“Querida, muy, muy querida Diana:

Si lees estas letras es porque ha ocurrido lo peor y lo siento muchísimo. Quizá ha sido una locura intentar recuperar un objeto con un valor tan relativo… pero no era sólo la injusticia cometida contra mí, también me quemaba el pensamiento de que lo tuviera un ser tan ruin. La idea de recuperar el pincel se hizo más urgente cuando supe que esperábamos un hijo, porque suponía que su poder seguiría vivo pero lo disfrutaría otro. Créeme que pensarlo se me hacía insoportable. Te quiero, te querré siempre esté donde esté. No llores demasiado porque nuestro hijo tiene que ser muy alegre, necesita tu sonrisa y yo también, aunque te parezca que no te veo… estoy a tu lado. Vuelvo a pedirte perdón por mi ausencia, bien sabe Dios que no pretendía un final así, pero entraba dentro de las posibilidades…

Besa al peque por mí. Te quiero, no puedo hacer otra cosa…

Tu Dav”

Las lágrimas surcaban imparables el rostro de la mujer, pero era un llanto sereno. Releyó la carta miles de veces, la consolaba más de lo que hubiera imaginado. Después, cogió las ropas y se cubrió la cara con ellas

impregnándose de su olor. Cuando las volvió a dejar, notó algo rígido entre ellas y las palpó hasta encontrarlo: el pincel apareció ante su vista y le produjo un gran alivio:

Al menos el dolor no había sido inútil…

-Ya sé lo que vas a ser de mayor. –Le susurró a su hijo nonato, esbozando una leve sonrisa…



